

Norte, y en la zona ecuatorial la navegación desde Méjico al Sudeste de Asia.

Dado el estado actual de la oceanografía, no puede admitirse como exacto el siguiente principio de A. de Humboldt tantas veces citado: «La continuidad de los alseos y de la gran corriente tropical de rotación anulan casi por completo toda influencia política que en el transcurso de los siglos trataran de ejercer en el Nuevo Mundo, China, Japón ó Rusia.»

El mayor peligro de los mares tropicales, los ciclones, estallan en el Océano Pacífico lo mismo que en el Atlántico; pero aquél no tiene en su zona tropical costas peligrosas como las del mar de las Antillas y del golfo de Méjico, donde naufragan muchos barcos. Zúñiga funda su opinión de que el origen americano se debe buscar en Polinesia, en algunas palabras patagónicas y caucásicas, que corresponden á algunas otras tagalas, y también en la resistencia que oponen los vientos del Este, dominantes en el mar Pacífico, á una emigración desde Occidente á Oriente, y sobre todo desde el archipiélago malayo á la Polinesia. Ellis, después de él, daba todavía mayor importancia á este obstáculo; pero como hubo de tener en cuenta ciertas costumbres americanas y asiáticas en el modo de ser de los polinesios, atribuye á éstos unos antepasados que llegaron á América por la costa del Sud y luego á la isla de Pascua ó á la de Hawai, lo que considera posible.

Carecemos de noticias sobre el origen americano, y sobre todo de afinidades lingüísticas. Beechey negó hasta la semejanza de las formas del cuerpo entre polinesios y americanos. Si, como Bastián observa, las tribus del Noroeste de América tienen algún parecido con los polinesios, mayor lo es el que tienen con los demás americanos. Cada pueblo contrae enlaces con otro, y su aislamiento no puede ser de larga duración. Se deben, pues, formar grupos de pueblos, dada su anterior analogía, y en seguida preguntar: ¿Qué caracteres se parecen ó corresponden en este vasto territorio, por ejemplo en el territorio americano polinesio? Se deben observar las similitudes que más resaltan; por ejemplo, el estilo de ornamentación entre ambos pueblos, el sistema de armaduras y sobre todo las ideas religiosas. Por otra parte, se quiere ver analogía en los detalles. En el tiempo en que la cultura india floreció más en las islas de la Sonda y extendió sus relaciones comerciales hasta las lejanas islas del mar Pacífico, ¿no pudieron establecerse colonias malayas en Polinesia, sin conservar rastro de las influencias de una civilización más elevada ni de su desarrollo, por ejemplo, en la lengua, si las mismas procedían de capas sociales inferiores y de países lejanos, y habían quedado mucho tiempo aisladas?

El estado de la navegación entre los americanos parece oponerse á la emigración por mar. Moerenhut ha sostenido, contra el origen americano, el argumento de la falta de aptitud de los americanos de la costa occidental para la navegación, y además tampoco consideraba los barcos malayos bastante fuertes para emprender tan largo viaje. Esto último no es exacto; el Noroeste de América, habitado por hiperbóreos, y aun la costa hasta el río Colombia se puede llamar país de atrevidos y hábiles navegantes. En muchos puntos los habitantes del interior llegaron hasta la costa y no tuvieron tiempo de familiarizarse con el mar; pero allí mismo había también audaces marinos que habían llegado por mar. La independencia entre la cultura del litoral y la del continente se demuestra en la diferencia que existe entre los baidarques aleutianos, que navegan con la mayor rapidez y con escaso gasto de fuerzas, y las balsas de California.

Considerando la altura á que había llegado el arte de navegación en Polinesia, se le debe atribuir un lugar preferente en la vida de aquel pueblo. Ya desde antiguo se considera la navegación como la causa principal de la extensión que ocuparon los polinesios en el Océano Pacífico, por lo cual se califica con razón á los polinesios de pueblo de marinos y pescadores. Ciertas cosas se comprenden más claramente mirándolas desde este punto de vista, y teniendo además en cuenta que en Polinesia era notable la escasez de armas para la caza y para la guerra, el limitado desarrollo de la agricultura y la ignorancia completa del arte del alfarero y de otras industrias. Así se comprende también la mezquindad de las moradas en las orillas de las islas y el aban-



Antiguas esculturas de piedra mejicanas (Christy Collection, Londres.)

dono de las tierras interiores, á pesar de su fertilidad. Por más que se oponga á nuestro modo general de ver el considerar bajo un aspecto tan exclusivista á un pueblo que ocupa un territorio de 800.000 millas cuadradas, es lo cierto que este pueblo es un pueblo sólo de marinos y pescadores, es decir, de cultura escasa. Tampoco carece de importancia esta manera de considerarle para la cuestión de su origen. Dirigiéndome al Oeste para buscar los de los polinesios, los encontraré entre las tribus anfibias de los malayos de costa, avezados al mar, más bien que entre los dayakos, battas ó javaneses del centro. Si miro hacia Oriente, la distancia entre la isla de Pascua y el archipiélago de Hawai por una parte y el continente de América por la otra, parecerá poca cosa en comparación de la extensión de estos pueblos; de manera que no debe haber sido una empresa demasiado arriesgada el comprender la costa occidental americana en sus emigraciones y acaso colonizaciones. Corresponde á estos hechos el que un número relativamente limitado de pueblos nómadas de tierra y de mar ocupen hoy día partes de la tierra cuya población no está en relación con el número de estas naciones, que las han inundado llegando á caballo ó por mar. Estos pueblos pueden, pues, dar vida al espacio aparentemente desierto del Océano Pacífico y servir á modo de puentes entre Asia y América. En el seno de este vasto Océano se nota la actividad de una colonización que se extiende por las innumerables islas allí esparcidas, colonización que al llegar al pro-

montorio Rapanui pudo muy bien encontrar y dilatarse por América.

En medio de algunas variantes surge en Polinesia una civilización que parece como que desde un centro favorecido se hubo de extender poderosamente por aquel vasto mundo de islas.

Ahora bien: con todo lo que dejamos expuesto se relaciona la cuestión del origen de los americanos. La historia del mundo y las varias emigraciones de los pueblos adquieren un carácter muy definido. Por espacio de muchos siglos el archipiélago malayo subsistió desconocido, por lo mismo que el anchuroso Océano Pacífico sirvió de incontestable valladar á los países del Asia oriental. Pero si consideramos el tiempo en que dicho archipiélago ha representado la mitad de la India insular, aumenta su importancia como órgano poderoso de la historia del mundo, y los efectos del comercio pueden haberse hecho sentir desde él hasta América. Pero si se debilitó la energía que estableció relaciones á través del Océano Pacífico, naturalmente lo más lejano fué lo primero que cayó en el olvido. Así debió acontecer con respecto á América. Sin embargo, parece más concebible que las relaciones quedasen interrumpidas por parte de esta última parte del mundo, donde apenas encontramos huellas de navegación, mientras que en el Asia los malayos se nos presentan como los primeros navegantes entre los pueblos incultos, donde residen naciones tales como los japoneses, los chinos y los indios, que anteriormente poseían una marina más desarrollada que en la época actual.

CAPÍTULO II

CUADRO DE LA CIVILIZACIÓN ANTIGUA DE AMÉRICA

«Los Incas procuraron que sus súbditos no estuvieran nunca ociosos y cuando no tenían trabajos útiles que imponerles les dejaban hacer los que se les antojaran. Y hacían esto para poder gobernar más fácilmente.»

Relación de A. Ruiz de Navamuel á Felipe II de España.

Trajes. — Adornos. — Armas. — Corazas. — Agricultura. — Falta de animales domésticos. — Alimentos. — Maíz. — Tabaco. — Coca. — Cacao. — Industrias. — Falta de madera. — Metales. — Tejidos. — Cerámica. — Comercio y tráfico. — Caminos. — Antiguo arte americano. — Situación humillante de la mujer. — Sacerdotisas. — Propiedad común. — Constitución de razas. — Administración del Estado. — Debilidad del sistema monárquico. — El ejército. — Conquista y colonización.

En ninguna parte faltaban á los antiguos pueblos civilizados de América abundantes materiales para sus prendas de vestir, prendas que representaban una parte del capital; pues es sabido que los españoles encontraron en Cajamarca muchas casas completamente llenas de ellas. Los Incas debían tener grandes provisiones á causa de su costumbre de no llevar el mismo traje más que un día, sin que nadie pudiera ponérselo después. Fabricábanse telas de algodón, y en el Perú las había también de lana de llamas. Otros indios hacían tejidos con el pelo de varios animales, especialmente de los perros y de los conejos; pero la lana era privilegio exclusivo de los peruanos, si bien es verdad que los tejidos de lana mezclada con algodón se han encontrado entre los lujosos descubiertos en Ancón. En la Nueva Granada hay mantones de corteza de árbol. Los chibchas se vestían únicamente de algodón. Los mejicanos y los mayas ricos llevaban capas de plumas, parte por distintivo, parte como traje de invierno.

Los peruanos parecen haber sido los que se vestían más completamente. Las mujeres llevaban una prenda inferior parecida á la camisa y otra superior á manera de capa, muy semejante al poncho de los americanos; capas que á veces eran hasta cuatro para los varones. Entre las prendas de vestir encontradas en el cementerio de Ancón hay camisas de lana sin mangas, largas y cortas, y capas de un color solo, negro, pardo, pardo claro, encarnado ó de telas rayadas. Por más sencillas que sean estas prendas no carecen de adornos de franjas y cenefas entretejidas, y están hechas de dos trozos de lana cosidos en el medio y en los lados. Otras prendas con dibujos se hacían de tiras más estrechas y unidas entre sí. Los adornos eran de varias formas y colores, entre los cuales dominan el encarnado, el azul, el amarillo, el pardo y el verde. Los quechuas acostumbraban todavía á pintar sus vestidos con figuras de ardillas y pájaros. En los calurosos países interiores no usaban tantos abrigos como en los llanos elevados. Por ejemplo, los quechuas del Ecuador llevan únicamente una especie de taparrabos y á veces solamente un delantal, que mide ocho pulgadas cuadradas, y en las grandes solemnidades se ponen una chaqueta de mangas cortas y muy escotada. Era general el uso de sandalias tejidas con fibras de plantas. En las esculturas halladas en la América central se ven mujeres que llevan por única prenda un delantal, pero están ricamente adornadas con varias joyas. En nuestros días, en la Tierra Caliente de Méjico, las mujeres usan un pedazo de tela blanca en rededor del cuerpo, la cual llega á las rodillas, y una camiseta blanca corta que apenas cubre el pecho.

No se llevaban sombreros propiamente dichos (como no se quiera dar este nombre á las anchas coronas de plumas de los Incas) y tampoco gorros, ó si acaso muy rara vez, pero sí cordones y cintas de lana ó de paja, adornadas con plumas. El pueblo se sujetaba el cabello con una tira negra de lana, la nobleza con tres, el Inca con cinco de lana de varios colores.

Las vendas frontales agujereadas y adornadas con plumas, tales como hoy las llevan los jíbaros y los gorros abiertos por arriba y sin alas hechos con tiras de paja cosidas, como las que todavía se fabrican en las mesetas peruanas, hicieron, al parecer, las veces de sombreros propiamente dichos. Los adornos de plumas que á manera de peines caían sobre las espaldas, eran distintivo de los guerreros mejicanos, como acontece aún en la actualidad en la América del Norte.

Se usaban mucho las flores para adorno del cabello. En Ancón se encuentran agujas de espinas y de hueso. También se usaban peines de madera de conta. En el país de los Incas variaba el tocado según el rango. La cabellera larga no era signo de nobleza. Los Incas llevaban el pelo corto como las vírgenes del templo en Méjico; los nobles lo tenían de una longitud determinada, y el pueblo bajo estaba obligado á no cortárselo. Al contrario, los chibchas consideraban el cabello corto como un signo de deshonra; y por lo que se ve, en Ancón se tenía mucho cuidado con el tocado de los difuntos.

Los adornos de oro en las orejas eran signos distintivos de los Incas, llamados también orejones.

Entre los adornos se ven pendientes y anillos de nariz, pintados en los grandes jarrones. El pendiente en el Yucatán tenía forma de rosa. En el Perú, el pueblo bajo no podía llevarlos. Frecuente es la media luna en las joyas, que aparece también usada por los indios del istmo. Los mayas se adornaban los labios con joyas. A estos adornos hay que agregar agujas ó alfileres preciosos para sujetar los trajes en el pecho y en los hombros (véase el grabado

de la página 429). Dícese que los mayas solían pintarse el cuerpo (véase el grabado de la página 417), y que usaban un afeite para el rostro, sacado de la planta llamada *bixa*.

El arte de platero llegó á mucha altura en la antigua América. Stubel observa que los antiguos pueblos civilizados de la América del Sud y de la central tallaban con mucha habilidad piedras raras para adornos. Es rasgo característico de esas antiguas civilizaciones estimar más lo bonito que lo útil, preferir el oro y la plata al hierro.

Las mutilaciones corporales son de muy diversas clases. Entre los mayas, especialmente en las mujeres, la costumbre de limarse los dientes era indígena, como lo prueban los cráneos encontrados en los sepulcros de los totonacos, probablemente afines de aquéllos. Deformaciones craneales en gran número y de distintos géneros encontramos en el Perú, en donde Tschudi pretendió ver en ellas signos distintivos de los clanes á que pertenecieron los difuntos.

En las excavaciones halláronse cráneos de muchas formas predominando entre éstas la de torre, ó sea levantada por detrás y por arriba. La existencia del llamado hueso Inca en los cráneos del Perú no es, quizás, otra cosa que la consecuencia de esas deformaciones. Un diente humano con incrustaciones de piedra y de oro encontrado en el Yucatán es un adorno especial, ó bien una reliquia ó, tal vez, las dos cosas.

Las armas consistían especialmente en arcos y flechas, honda, clava y dardos, y completaban sus arreos bélicos unas grandes bolsas, quizás destinadas á meter en ellas las cabezas cortadas de los enemigos (véase el grabado de la pág. 419).

En un jarrón pintado de Trujillo llevan los peruanos como armas unas clavav terminadas en punta y con la cabeza de piedra y sus enemigos ostentan unas mazas erizadas de puntas: los escudos de los primeros son pequeños y cuadrados, los de los segundos pequeños y redondos. Uno de los guerreros blande una azagaya; otros arrojan flechas ó pequeños venablos; pero ninguno usa el arco.

Los arcos eran de madera elástica y de todos tamaños. Espinas de pescado, huesos y piedras servían de materiales para puntas de flecha; raras veces el metal. No hay noticia de que envenenaran las flechas. Las hondas eran de fibras de plantas ó de cabellos.

En la actualidad los bolivianos suelen todavía atárselas á la cabeza: en las que se encuentran en los antiguos sepulcros peruanos es difícil decir dónde acaba la honda y empieza la sencilla venda frontal.

En los jarrones del Perú se ve que la honda era el arma preferida de los Incas cuando se les representa peleando contra los indígenas, que se sirven de arco y flechas. Como armas arrojadas, tenían también venablos, á veces en forma de tridente que en ocasiones lanzaban con una cuerda ó una correa, y otras sencillamente con la mano; los mejicanos usaban venablos adornados de plumas, y eran tan altos como un hombre. Venablos de esta clase á manera de arpones aparecieron en las primeras batallas sostenidas contra Cortés. Los mejicanos, en la época de los españoles, llevaban espadas que cortaban mejor, según Díaz, que las hojas de España, pero se echaban á perder muy fácilmente. Mejores eran las espadas de cobre peruanas, de las que ninguna ha llegado hasta nosotros. Además usaban mazas que, como las hachas de guerra, fueron reemplazadas por las espadas; en Perú cada general llevaba el hacha de guerra y la maza de forma de estrella (*huamantschuay*). Entre las armas de Ancón se encuentran mazas de madera y una con una piedra en forma de estrella de seis puntas.

Como armas defensivas usaban los mejicanos y perua-

nos escudos de junco, algodón y plumas, redondos y largos que podíanse llevar enrollados debajo del brazo. Una pieza de tela que colgaba del escudo parecía aumentar esta defensa: los pintaban de varios colores y los adornaban con plumas y flecos. La armadura consistía en dos petos acolchados, de una pulgada de grueso, adornados para las personas principales, con oro y plata, y además en unas tablillas para los brazos y las piernas. Los generales llevaban escudo y armadura.

Según una leyenda peruana, Yahuar-Huacac llevaba coraza de cobre en vez de llevarla de algodón acolchado y Mayta Capak usaba escudo. Los escudos pequeños servían para los simulacros de combate. En un precioso cacharro que se supone proceder de Trujillo, un hombre armado lleva en la mano un pequeño escudo redondo, pero los más de los guerreros allí pintados van sin armadura. En otro jarrón de barro de Trujillo descrito por Voss, se ven corazas que casi no son otra cosa que corazas de palitos; vense en él además cotas de mallas que se parecen mucho á las adornadas con moluscos que llevan los alfures.

Los yelmos de forma cónica parece que tenían caretas. Los generales se ponían un yelmo de batalla, el cual tenía la forma de una cabeza de animal, serpiente, cocodrilo, pantera, etc. Usábanse penachos de plumas, que servían también para distinguir los diferentes grados en el ejército. Además cada soldado llevaba una piedra para moler la harina, una cazuela y una manta. Había también estandartes para distinguir las divisiones de ejército. La guardia de *corps* de los Incas tenía por insignia el arco iris; la del soberano del Perú, Motezuma, un animal parecido á un águila, con un tigre entre las garras, ó, según otros, un animal medio águila y medio tigre. El estandarte de Tlaxcala era una grulla de oro con las alas desplegadas. Los instrumentos bélicos de música consistían en bocinas, tambores y trompetas de cobre: para las largas distancias se hacían señales por medio de grandes columnas de humo.

Los españoles nos describen á los mejicanos como agricultores tan diligentes, que á su llegada había pocas zonas fértiles que no estuviesen cultivadas. Parecían tener conciencia de la superioridad que les daba el ejercicio de la agricultura, pues comparaban su propio estado con el de los quinames, que pasaban por gigantes y que no cultivaban la tierra. Aunque se pueda suponer que esos pueblos de Méjico hasta los cuales se remonta la tradición fuesen ya agricultores, y que la altura en que los españoles encontraron el cultivo tuviese ya muchos siglos de antigüedad, sin embargo el tiempo de los toltecas parece que fué el de su apogeo, y Clavigero dijo que las generaciones más modernas son deudoras á los toltecas del trigo, del algodón, del chile ó pimiento y de otros útiles productos. Parece, pues, que la agricultura, como otras muchas artes é industrias, fué introducida por los toltecas.

En el Perú el príncipe daba la señal para empezar la labranza; él y todos los individuos de la real familia labraban con azadas de oro el campo sagrado, situado en medio de la capital, y luego sembraban granitos de maíz. El día en que esto se verificaba lo era de fiesta para el pueblo, que cantaba, bailaba y se entregaba á toda clase de demostraciones de júbilo. El permiso de empezar la labranza, solemnizado con esta ceremonia, se anunciaba en todo el reino al sonido de las bocinas. Del mismo modo que daba principio á la labranza, así también tomaba parte el Inca en la cosecha. Los mejicanos veneraban una diosa que corresponde á Ceres. La tradición dice que fué la primera mujer que supo hacer pan y otros alimentos análogos. Se representaba á esta divinidad con una corona en la cabeza

y una vasija llena de maíz en la mano derecha. Celebrábase una fiesta en su honor, y aquel día se daba de comer á todos los pobres.

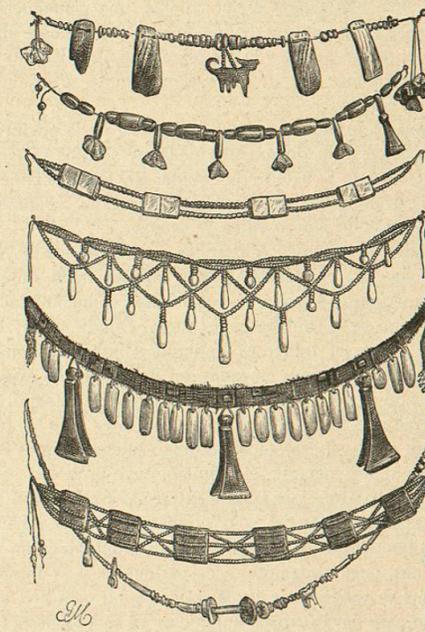
Además de los riegos artificiales, se usaba también el abono, compuesto de madera podrida, ceniza y plantas, y probablemente excremento humano, del cual se vendían cargamentos enteros en las ensenadas del lago de Méjico, á poca distancia del mercado. En el Perú se venía empleando el guano desde tiempo inmemorial. Garcilaso dice que en toda la costa, desde Arequipa hasta Tarapacá, el guano consistía en el estiércol de las aves acuáticas. Se castigaba severamente á los que destruían los nidos de tan útiles aves. En rededor de los campos sembrados se colocaban andamios de madera, ramaje y juncos, y también torres sólidas, desde las cuales un hombre podía vigilar sobre los campos y alejar con la honda los pájaros que destruían las sementeras ó amenazaban la cosecha. Todos los productos que se podían guardar se depositaban en los graneros. La tierra laborable se pagaba á muy subido precio.

En el Perú, como en la China, apenas se concedía un lugar á los pobres en los cementerios: en tumbas de árida arena, que el viento descubre, yacen los cadáveres de los pobres apenas vestidos, y junto á ellos una calabaza, una copa de madera grosera, un ídolo de palo, unas piedras de forma extraña, otros amuletos y alguna herramienta. Para tales cadáveres la tierra laborable era demasiado cara.

Los aperos de labranza eran muy sencillos, pues se reducían á un palo puntiagudo, una especie de azadón de encina; la llamada serpiente (*coatl* ó *coa*), otra azada de cobre con mango de palo, semejante á la que usan los africanos, y un cuchillo de cobre corvo para cortar las ramas de los árboles. La falta de animales de tiro era causa de que no hubiese arados que se sustitúan con un pedernal afilado puesto en un palo.

El alimento cotidiano consistía principalmente en maíz. El origen de este producto se enlaza con el de la agricultura americana. Cuando la tradición mejicana dice que los aborígenes buscaban en los lagos serpientes acuáticas y hormigas, y después habla del maíz, esto no significa que residieran en el país largo tiempo; antes al contrario, los cambios de habitantes nómadas y establecidos fueron continuos. Ya hemos visto que el cultivo del maíz estaba muy extendido entre otros pueblos del Nuevo Mundo, que distaban mucho de poseer la bien ordenada agricultura de los toltecas y peruanos. La preparación de las llamadas tortillas de maíz, que reemplazan el pan, era trabajo de las mujeres. En las regiones elevadas del Perú y del Ecuador, se daban las quinoas de granos alimenticios y tallos jugosos; además patatas, que no había en Méjico; y en las partes más calurosas, plátanos y otras frutas tropicales. Las raíces de yuca se comían en el Perú y en Méjico: abundaban las frutas del cacto y las ananas; se preparaban bebidas con el maíz, el agave y el cacao; fruto este último tan usual en Méjico y en la América central como la coca en el Perú. En Méjico bebíase diariamente el chocolate, que no faltaba nunca en la mesa de Motezuma. La miel, la vainilla, las flores olorosas eran golosinas, y acaso también el llamado pimiento español. Para preparar el chocolate empleábase la mejor clase de cacao; el de calidad inferior servía de moneda, usada en toda la América central. Contábase el cacao por sacos de 8.000 y 24.000 habas: una haba valía medio maravedí cuando llegaron los españoles. En tiempo de Oviedo, en la provincia de Nicaragua un conejo valía 10 habas, un esclavo 100. Hoy día 200 habas equivalen á un real. En Atitlán atribuyen la invención del chocolate á un soberano mítico.

No se sabe si la *chicha* de los peruanos se bebía también en Méjico. Preparábase con el maíz en fermentación, á la manera de la cerveza, y reemplazaba al sora, prohibido á muchos, especialmente á los guerreros y á la nobleza. Parece que esta cerveza ligera fué conocida también en los llanos de Méjico, especialmente en Michoacán. El Inca se reservó la coca. Finalmente, el tabaco no era menos usado en todos estos países que en la India occidental donde empezaron los europeos á conocerle. Entre los mejicanos, los sacerdotes se valían del humo y acaso del jugo del tabaco para perder el conocimiento cuando pretendían comunicarse con su divinidad. Cuando el ejército azteca volvía á la capital después de una guerra victoriosa, los ancianos llevaban pebeteros en los que quemaban tabaco, como pa-



Collares del antiguo Perú. (Museo para Etnografía, Berlín)

ra incensar al general. Los historiadores españoles escribieron que la causa de la rápida caída del antiguo imperio americano en el Alto Perú debía atribuirse á la embriaguez.

El celo contra el abuso de la chicha era en los primeros tiempos de la propaganda cristiana el tema de muchos sermones de los misioneros y el uso del púlque en Yucatán y en Méjico estaba limitado por las leyes, tanto más cuanto que las fiestas religiosas se convertían á menudo en bacanales.

En la fiesta del sol (Inti) se permitía también á los peruanos de humilde condición que se emborrachasen con cerveza de maíz, y los días en que se celebraba esa fiesta no iban en zaga los excesos del libertinaje á los que se cometían en los templos de Astarte y Hator. La cerveza de maíz, preparada por vírgenes, era el más noble de los sacrificios que podían ofrecerse al sol cuando despuntaba; en seguida el Inca bebía á la memoria de sus antepasados, las momias de las personificaciones del sol, y luego el pueblo podía emborracharse á su sabor y entregarse á todos los excesos. Duraban estas fiestas nueve días, y según algunos, treinta. Parece que la costumbre que tenían los peruanos de animarse antes de la batalla bebiendo chicha, les fué con frecuencia fatal.